



DIPUTACIÓ DE VALÈNCIA
Àrea de Cultura

MUSEU VALÈNCIA D'ETNOLOGIA

GENERALITAT VALÈNCIANA
CONSELLERIA DE MEDI AMBIENT
AIGUA, URBANISME I HABITATGE

FUNDACIÓN CAJAMURCIA

Agradecemos la colaboración del Servicio de Contratación y Suministros, del Servicio de Proyectos Específicos y Mantenimiento y del Servicio de Gestión Informática y Organización de la Diputación de Valencia.

info

C/ Corona, 36 - 46003 Valencia

INFORMACIÓN GENERAL
963 883 565

CONCERTACIÓN VISITAS GUIADAS Y TALLERES DIDÁCTICOS
963 883 578

HORARIO
todo el año, de martes a domingo
de 10 a 20 horas

ACCESO AL MUSEO
Autobuses EMT líneas 5, 28, 80, 81 i 95
Metro líneas 1 y 2. Estación Turia

www.museuvalenciaetnologia.org

HORTA & MARJAL

Exposición permanente del Museu Valencià d'Etnologia

HUERTAS Y MARJALES VALENCIANOS EN EL MUSEU

El Museu Valencià d'Etnologia de la Diputació de Valencia presenta sus salas permanentes dedicadas a las huertas y los marjales valencianos. Estas salas ayudan a completar el recorrido expositivo del Museu, junto a la parte referida a las ciudades, y las salas, ahora en proyecto, dedicadas a las formas de vida en las zonas del secano y la montaña, cerrando así una visión amplia de la cultura tradicional valenciana.

Una parte importante de la población valenciana vive, convive y trabaja en la estrecha franja del territorio valenciano ocupada por huertas y marjales. Por esta razón, es aquí donde se ha desarrollado un segmento muy significativo de la cultura tradicional valenciana. Las salas permanentes que ahora presentamos pretenden mostrar al visitante las claves interpretativas de esa cultura tradicional, a la vez que se subrayan las singularidades y las semejanzas respecto al ámbito mediterráneo al que pertenece. Así mismo se plantea la inevitable transformación que atraviesa la cultura tradicional en el seno de un mundo en el que los referentes culturales propios están en constante definición.

Las salas permanentes de huerta y marjal se estructuran en dos apartados básicos: uno, centrado en los conceptos y otro en los objetos. El recorrido se completa con un espacio interactivo. En el primer apartado se ha querido dirigir la mirada del visitante hacia una serie de ideas que el Museu considera importantes para entender la cultura popular en huertas

y marjales: las particularidades de la construcción del espacio, la importancia de la gestión del agua, el hábitat, las diversas tipologías de las viviendas y su uso, la amplia variedad de cultivos y su enfoque comercial, la construcción de una identidad próxima, familiar, y el paso a una identidad más genérica.

En la sala de objetos, planteada como si de un almacén de museo se tratara, se puede ver una parte significativa de los objetos de la colección del Museu Valencià d'Etnologia vinculados a huerta y marjal. Una muestra de la extraordinaria variedad de herramientas de trabajo, de objetos domésticos, de religiosidad popular y de piezas de indumentaria que los hombres y las mujeres que han vivido y viven en estos espacios han utilizado, y en ocasiones aún utilizan, en su quehacer diario.

Finalmente, el espacio interactivo se ha pensado para poner al alcance del visitante la posibilidad de profundizar en los numerosos materiales (relatos de vida, fotografías y objetos), que constituyen el fondo documental del Museu. En esta sala, mediante pantallas interactivas, el visitante puede acceder a entrevistas realizadas a personas que hablan de la huerta y del marjal, al fondo fotográfico o a las fichas catalográficas de los objetos de la colección. El Museu actualizará periódicamente las novedades documentales que vaya incorporando a su fondo, en un esfuerzo por hacer llegar al público el trabajo cotidiano de los conservadores.

LOS ESPACIOS

Gestionar el agua, modelar el paisaje

El universo espacial de las huertas y los marjales valencianos se ha construido a partir de la organización, la identificación y la localización de redes de regadío, de acequias, de espacios de pesca, de terrazas de cultivo y de unas formas de hábitat particulares. El recurso del agua ha ejercido, aquí como en el resto del mundo, un papel determinante sobre la forma en que se ha ocupado el espacio en huertas y marjales. Las variaciones estacionales en la disponibilidad del agua han propiciado el surgimiento de formas de gestión comunal, a su vez directamente relacionadas con aspectos de organización social y económica.

Ha sido gracias al agua y a las formas que han adoptado su gestión que las huertas han constituido espacios altamente productivos donde se ha concentrado la población. Concentración que, en el caso valenciano, se ha intensificado con la expansión de los núcleos urbanos con los que tradicionalmente han estado relacionadas, de polígonos industriales y de redes de comunicación y, también, con el avance del turismo costero. En los marjales, por contra, el dominio del agua ha planteado históricamente una ocupación problemática del territorio a causa del exceso de agua y la presencia asociada de enfermedades como la malaria. El labrador ha luchado por aterrizar estas zonas húmedas, a la vez que explotaba sus recursos -pesca, sal, etc.-. En las últimas décadas los denostados marjales han cambiado su percepción pública; ahora se aprecian por su valor ecológico y a menudo son espacios naturales protegidos.

La gestión del recurso del agua ha necesitado de un abanico muy amplio de técnicas y de unas infraestructuras importantes. El agua captada -a través de embalses o por extracción-, se ha canalizado para llevarla hasta donde era necesaria y finalmente se ha distribuido siguiendo parámetros muy rigurosos. El derecho al agua ha estado a menudo, pero no siempre, unido a la propiedad de la tierra. Para resolver los conflictos se ha desarrollado históricamente el derecho de aguas escenificada en tribunales por todo el territorio: el muy conocido *Tribunal de les Aigües* de València, las *Juntes de Reg* de las huertas de Gandia y Xàtiva o los Juzgados Privativos de Aguas de Almoradí, Orihuela, Callosa y Rojales, entre otros.



El marjal de Valencia. Francesc Jarque

HABITAR

Cuevas, casas, barracas, alquerías y palacios

Las viviendas edificadas en las huertas y marjales son construcciones que se han ido configurando adaptándose al medio, a las necesidades de sus pobladores, vinculadas al trabajo de la tierra y a sus especificidades. También son muestra del nivel social y económico de sus habitantes, de sus riquezas y sus carencias. Los diversos tipos de viviendas se han concentrado en aldeas, pueblos y ciudades. Además, como característica singular de las huertas valencianas, encontramos un poblamiento disperso con una fuerte densidad: casas diseminadas cerca de los cultivos. Las alquerías históricas son conjuntos reducidos de casas donde destaca una vivienda que toma a veces características de palacio o fortaleza -en la huerta de Valencia y Gandia-. Verdaderas torres en la huerta de Alicante y Elx. Estas alquerías han sido a menudo el origen de muchos pueblos valencianos. Casas de la misma tipología que las casas de pueblos y aldeas, generalmente de una crujía y cubierta a una o dos aguas, dispersas por la huerta y llamadas también alquerías; masías, casas acomodadas de los labradores más ricos y de la burguesía urbana terrateniente. Infraviviendas de barro y cañas: barracas en las huertas de Castelló, València, Alacant y Orihuela y viviendas cueva, donde vivían los labradores más desfavorecidos y posteriormente la

clase trabajadora, sobre todo en pueblos de la comarca de l' Horta. La vida se desarrolla tanto en el interior como el exterior de la vivienda. Dentro, el espacio de habitación: el hogar -la llar- el corazón de la casa, que permite cocinar, calentarse, reunirse y conversar; las habitaciones y la cambra o andana, un altillo donde guardar parte de la cosecha. Fuera, espacios para compartir, para trabajar: umbráculos, emparrados, hornos, lavaderos, y también, otras construcciones que llegan a ser verdaderos anexos de las viviendas como cocinas y corrales. La casa también es el recinto donde se guardan las pertenencias, multitud de objetos cotidianos, que nos hablan de actividades, también de creencias, de estatus social, de género. Los objetos seleccionados en este ámbito están vinculados con el agua y el fuego, elementos que posibilitan las actividades de la casa: cocinar, calentarse, lavar la ropa y la vajilla, limpiar la casa, la higiene personal, beber, enjalbogar, construir la casa. El desarrollo de ciudades y pueblos desvirtúa el paisaje tradicional de la huerta, cada vez más repleto de nuevos elementos: polígonos industriales y de ocio, viviendas unifamiliares, nuevos barrios, vertederos, centros comerciales.... las tipologías que dejaremos en herencia a las generaciones futuras.



Interior de barraca. Archivo Mas. Museu Valencià d'Etnologia



Campo de huerta. Francesc Jarque

TRABAJAR Y VENDER

A ús i costum de bon llaurador

Cultivar la tierra y vender los productos es la base de la economía agraria. El trabajo en las huertas y marjales es intensivo ya que la tierra irrigada provoca que varias veces al año haya que preparar los campos, plantar, cuidar, abonar y regar y cosechar. Aunque los hombres suelen ser los principales trabajadores de la tierra, hay operaciones que necesitan mucha mano de obra en las que participa toda la familia, los labradores del vecindario -trabajo que habrá que devolver (el *tornallom*)- y, si hay suficientes recursos, se contratarán jornaleros locales o foráneos.

Desde hace varias décadas la caída de la rentabilidad de la agricultura y la oferta de trabajo en otros sectores han provocado una constante disminución de su población activa, pasando a ser en muchos casos una actividad a tiempo parcial, especialmente en las huertas ubicadas alrededor de las poblaciones.

En contraste con la imagen actual de la huerta, donde predomina el cultivo de verduras y hortalizas, cabe reseñar que históricamente no ha sido siempre así. Una de las características de la horticultura ha sido la de adaptarse a los cultivos que más rentabilidad daban en los mercados. Trigo, maíz, cáñamo, arroz o naranjos han conformado a lo largo del tiempo estos territorios, aunque hoy muchos cultivos hayan desaparecido (morera y cáñamo), desplazados hacia tierras interiores de regadío (frutales) o arrinconados en algunos marjales (arroz).

La comercialización adopta diversas formas. Desde la más básica, representada por el intercambio de productos entre los labradores, hasta la venta a los mayoristas (comerciantes), que permite llegar a mercados lejanos. Además cabe destacar dos modalidades muy típicas valencianas de venta directa. Por una parte la que se hacía -y aún se hace- en las casas de los agricultores, que colocan a la puerta una silla o una caja con una muestra de los productos que tienen a la venta como reclamo para la gente que pasa por la calle. La otra forma peculiar de comercialización es la que se realiza junto a los mercados de pueblos y ciudades. Fuera del recinto de los puestos fijos hay un espacio reservado para que los labradores vendan directamente al consumidor. En general son las mujeres las que, muy temprano, se van a vender los productos de la huerta que han preparado el día anterior.

CONVIVIR

Vivir con otro u otros. Cohabitar, coexistir

Si hay un hecho común que se puede encontrar en todas las culturas humanas del pasado, del presente, y seguro del futuro, es el intercambio. Dar para recibir es un principio que está entre las más antiguas normas que rigen las colectividades humanas. Somos seres sociales, no hay elección.

Intercambiamos en el espacio público y lo hacemos también en privado. Donde todo el mundo nos ve intercambiamos visiones del mundo y sentimientos de grupo. También tópicos. Inventamos orígenes y pensamos que estamos atados a un pasado que siempre es glorioso y del que guardamos preciadas reliquias en instituciones pensadas para esa tarea. Como resultado nos llamamos de tal lugar o de tal otro y, por lo tanto, será necesario que seamos de aquella manera o de aquella otra. Nos dotamos de una identidad que queremos definida por unos límites que sólo aparecen claros en nuestra imaginación. Nos otorgamos a nosotros mismos unos presuntos rasgos de carácter y decimos que somos expansivos, alegres, creativos, o con un punto kitsch. De la misma manera recreamos nuestro entorno contra toda evidencia geográfica, pensando que es un jardín, un regalo de la naturaleza y no el resultado del trabajo de generaciones de sufridos labradores, que la barraca es un palacio en la huerta y no una humilde vivienda de trabajadores, que la vida en la huerta o el marjal era fácil y no un duro trajinar entre surcos, que las herramientas del campo han nacido para las vitrinas de un museo y no para el callado trabajo del banal. En el fondo del alma nos pensamos, aún, labradores cuando vivimos en una sociedad postindustrial.

Donde nadie nos ve atesoramos en los cajones objetos que no se pueden valorar económicamente, quizá porque no valen nada o quizá porque son muy valiosos, o por ambas cosas. Por eso decimos que tienen valor sentimental, que son recuerdos. Y lo hacemos porque estas pequeñas cosas nos hacen ser quienes somos, nos atan a un pasado, a un linaje familiar o a un grupo social, nos hacen ver que sólo podemos ser nosotros dentro de un gran circuito de intercambio entre los individuos y las generaciones. Eso en antropología recibe el nombre, tomando el caso de un pueblo de Oceanía, de *kula*, que no es más que un sistema de circulación de bienes que tienen un valor de cambio, pero no un valor de uso y en el que si se entra ya no se puede salir. Allá son caparazones de molusco, aquí son viejas fotografías de la abuela, el reloj del padre y tantas otras pequeñas cosas que conforman nuestra identidad.



Botijo. Museu Valencià d'Etnologia